

PROTESTA DE BARAGUÁ

(*LA INVASIÓN, GRAN BATALLA DE NOVENTA DÍAS MONUMENTO NACIONAL*)

PROTESTA DE BARAGUA.— Es el epílogo glorioso de la Revolución del 68. El gesto gallardo del más bravo de sus gladiadores. El orgulloso mulato no concebía rendir su machete vencedor en los campos de la lid, y menos, bajar la cerviz ante enemigos que temblaban de pavor al solo anuncio de su nombre. Tal era Maceo, y tanta su fama, que no hubo general o jefe de alta graduación, que no pidieran al General Martínez Campos, asistir a la entrevista de «Los Mangos de Baraguá» para conocer de cerca al más temible de sus enemigos, al jefe mambí que más de una vez les había derrotado en el combate.

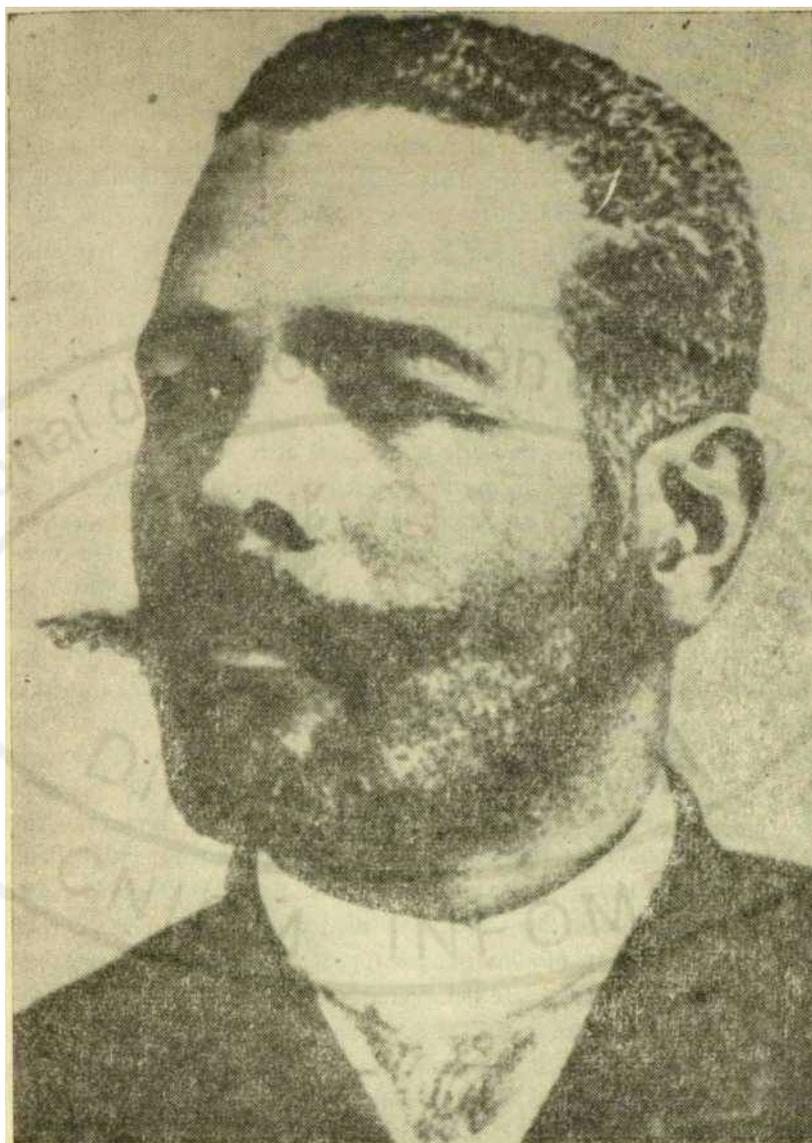
Este era el Hombre de Baraguá. El General Antonio a quien dió beligerancia de igual a igual, el más prestigioso de los militares de la Corona Real de España —de Jefe a Jefe y en campamento mambí—. Allí se rendía honores a nuestro Antonio Maceo, al Cid Campeador Americano!...

No fue solo a la cita —allí estaban las representaciones guerreras de la manigua oriental— todos temibles jefes que esperan cantos homéricos a las hazañas de su Odisea del 68. Allí, Vicente García, que fuera desidente de las Tunas a quien contestara Maceo la más hermosa, juiciosa y valiente carta por incitarlo a la rebeldía de Las Lagunas de Varona. Limbano Sánchez, El León Holguinero —a quien dos veces demostró Maceo, lo que era el valor personal—, una vez desarmándolo en su propio campamento— Mayor G. Titá Calvar, manzanillero como Masó que atacó a Villa-Clara en 1872. Moneada, Mármol y Crombet, Payito León y Rius Rivera, Don Fernando Figueredo y Félix Figueredo, otra estirpe de los Maceo, José, del que dijo Antonio en Peralejo: si mi her-

mano José está aquí, yo cojo a Martínez Campos. Allí otros bravos jefes y oficiales representantes responsables de Oriente ante el paso serio de la entrevista que determinaría el porvenir o fin de la revolución. Allí bajo los copudos mangos amanece el campamento mambí el día 15 de marzo de 1878. A la cabeza de la hilera de mangos cuelgan irradiadas las hamacas de campaña de los Generales Maceo y Calvar, la de Rius Rivera y Dr. Figueredo. Frente a la del General Maceo la dedicada a Martínez Campos, el Pacificador. La impaciencia era general. El único impasible inexcrutable era el líder, Antonio Maceo. De repente: una exclamación general: ¡Ya vienen!... una nube de polvo señalaba la proximidad de los jinetes. El Jefe Ayudante del Cuartel General dá orden al Jefe de la escolta reciba al General en jefe del ejército español. Al pasar Martínez Campos presentan armas y éste saluda con el quepis. Frente a la oficialidad cubana, refrena, salta del corcel y queda frente al Coronel Fernando Figueredo, al que pregunta: ¿Quién de ustedes es Antonio Maceo?... se adelanta el héroe y gentilmente es presentado a Martínez Campos. Maceo a su vez le presenta por turno a sus oficiales, que de nombre son asaz conocidos del español, por hechos de armas. Preparados para la entrevista, las primeras frases fueron de asombro por la juventud de Maceo, le parecía de más edad y orgulloso de conocer personalmente al jefe más famoso de las fuerzas cubanas.

Entrando de lleno en su objetivo se dolía de los Diez años de lucha entre hermanos, que bastaba de sangre y sacrificios —que venía a brindar la Paz— ya sólo quedaban ellos en los campos, que los jefes de otras provincias habían aceptado el pacto. Maceo ripostó enérgico y tranquilo: «los orientales no aceptamos ese Pacto del Zanjón, si eso sólo era lo que proponía a Oriente después de los Diez años de rudo batallar».

El General Calvar: «nosotros no aceptamos lo pactado en Camagüey, que no dice nada de independencia y abolición de ja esclavitud. Continuaremos luchando hasta caer el último. Entre las frases de Martínez Campos hay esta: «Han obtenido Uds. lo que ningún otro ejército en campaña y es: que su Majestad el Rey Don Alfonso —a quien represento— haya venido hasta su campamento. Contestación cubana: «lo que Ud. expone puede set muy hermoso, pero en nada favorece nuestra causa tal concesión.» Es que Uds. no conocen las Bases del Pacto del Zanjón!... enérgico Maceo: «conocemos las concesiones, es que no estamos conformes con ellas». Pretende el jefe español leerlas y le interrumpe Maceo: «Guarde Ud. ese documento, no queremos saber de él»... «Es decir que no nos entendemos?»... «No nos entendemos!»



ANTONIO MACE©

Campos: se volverán a romper las hostilidades? Maceo: se romperán las hostilidades!... «Qué tiempo cree Ud. se necesita para volver a romper las hostilidades?»... «Maceo, enérgico: ocho días!... quiere Ud. decir que el 23 se rompen las hostilidades! ¡El 23 se rompen las hostilidades! —contesta Maceo... El General Martínez Campos saluda, y salta sobre su caballo moro concha y dió riendas galopando solo, y atropelladamente le siguió la comitiva, ya bien lejos el General.

Se conocía iba airado por el fracaso de la entrevista. Así quedó rubricada la Protesta de Baraguá al Convenio del Zanjón. Los cubanos no pierden el tiempo y quedan reunidos en aquel escenario para dar forma a un nuevo Gobierno Provisional que represente la revolución. Son interrumpidos por la llegada de un jinete del campo enemigo: es el Coronel Francisco Grave de Peralta, de abolengo revolucionario holguinero —allí presente está su hermano Belisario que manda el regimiento Jiguaní— el otro hermano Julio, general, murió al desembarcar una expedición. Pero este Pancho ha sido un revoltoso, no un revolucionario, hizo acto de presencia en todos los grupos disidentes, ahora porta pliegos para Maceo del General español Morales de los Ríos. Maceo, enérgico ordena que se le forme Consejo de Guerra sumarísimo por traidor. Este lo integran los coroneles, Figueredo Socarrás, Mármol, Martínez Freire y Prado y es condenado a muerte. Es entregado al coronel Moneada para la inmediata ejecución. El silencio es absoluto. Ya está ante el cuadro el reo. Surge el Dr. Figueredo y pide clemencia... son magnánimos en ese día de grandes acontecimientos y se concede, pero que el reo salga de inmediato para las filas hispanas. Ya en la noche se proclama al Gobierno Provisional por votación, componiéndolo: Fernando Figueredo, Pablo Beola, General Manuel Calvar y Leonardo Mármol. Son las 12 de la noche. Se toca silencio hasta la diana del nuevo día. A las 6 a.m. sobre la enseña patria hacen el juramento los nuevos dignatarios nombrando su Presidente al General Calvar; Jefe del Ejército, el General Vicente García y Jefe de Oriente al General Macco. Al amanecer, día 22, víspera de romperse las hostilidades, el nuevo Gobierno recibe enviado con pliegos del General Martínez Campos, donde insiste en nueva entrevista por ser ya el Gobierno una entidad más responsable para resolver asunto tan trascendental como la Paz y cita al Gobierno para su Cuartel General en Miranda cerca de Baraguá. El Gobierno accede y Martínez Campos personalmente se adelanta a recibirles, se desmonta y sigue a pie con los gobernantes cubanos, luciendo muy contento.

Antes de llegar al campamento hispano está servida una opípara mesa a la mambisa, un gran toldo en el suelo y a la margen los comensales sentados a la turca. Los mambises «sacaron sus barrigas de mal año». Allí cataron licores que habían olvidado y manjares que recordaban el dulce hogar abandonado por Diez Años. Españoles y cubanos fraternizaron y se contaban las proezas guerreras y hechos heroicos. Los españoles alababan el tesón espartano del mambí, no concebía que hombres finos, cultos, resistieran esa vida montaraz. Los nuestros «postaban que más sacrificios aún merecía tener una Patria y Libertad y eso explicaba lo noble de su causa. Mientras, Martínez Campos se quejaba que Maceo había sido rudo con él en Baraguá, que no dejó explicara bien sus deseos para bien de Cuba y España, —de la discusión no surgió nada nuevo— las cosas siguieron igual: la independencia o nada. Por último, preguntó Martínez Campos: ¿se romperán mañana las hostilidades?... «mañana se romperán las hostilidades», contestó el Gobierno. Ya en Baraguá. Levantaron el Campamento y se dirigieron a las estribaciones de la Maestra.

Amaneció el 23 y se sintieron constantes tiroteos: eran las guerrillas mambisas rompiendo las hostilidades. Pero... regresaron los contritos y dijeron a Maceo: General, atacamos a los españoles pero no quieren pelear, le hemos matado y herido mucha gente pero solo contestan con gritos de ¡Viva Cuba!... ¡Viva la Paz!... y ponen banderas blancas... Maceo abandona la zona y se interna en la extensa sabana de Baraguá, lleva 150 hombres a pie, ya el mambí carece de caballos. Al llegar a la gran ondulación de la extensa llanura, se sorprenden ante una tropa española fuerte de 1,500 hombres con infantería y caballería. Maceo y su gente se dan cuenta que no puede salvarse nadie, quedarán a merced de aquellas fuerzas, han caído en la boca del león. El inmovible Maceo da orden a su hermano José que tirotee un flanco con la mitad de la tropa y él ocupa el otro flanco con el resto. La suerte está echada y a morir peleando porque ni siquiera queda el recurso de la huida. Maceo da orden de fuego y suena la fusilería, en cada descarga se ven caer los heridos y «muertos sobre la fuerza en formación. Lo inaudito, no contestan al fuego y atruena la extensión el grito en estribillo: ¡se acabó la guerra!... ¡viva Cuba...! ¡viva la Paz...! y los fusiles al aire con banderas blancas... Maceo ordena: ¡alto el fuego! y retirada. No se podía seguir matando a un enemigo que no peleaba y con capacidad de aplastamiento. Esa fue la nueva política de Martínez Campos que fue minando la revolución. Añádase las presentaciones de pequeños grupos y la carencia de

expediciones. La Revolución se había perdido...! Ante ese estado de desesperación, el día 3 de mayo el Dr. Figueredo lee una exposición al Gobierno demandando de este que ante lo inevitable de la situación, pide al gobierno salvar de la muerte o de la capitulación al General Maceo y sobre todo, conservarlo para un futuro porvenir. Proponía se le enviara al extranjero para recabar recursos: organizar expediciones y el envío de exiliados cubanos; llenado ese cometido que regresara a la lucha. Se acuerda la propuesta, y se ordena a Maceo el cumplimiento del mandato. Este contesta que se ve obligado a acatar toda orden del Gobierno, pero pone una condición: esperar su vuelta y no capitular. Una comisión del gobierno se dirige al Cristo, Cuartel General de Martínez Campos, pidiendo salvo conducto para el General Maceo, Martínez Campo se alegra de prestar ese servicio. Este hecho ha salvado al Jefe Español de ser prisionero de José Maceo, ese rayo de la guerra al que tanto alaba Antonio por su temeridad. En efecto, para esa noche que llegaron los comisionados tendría apostados sus hombres a sólo unos metros del Cuartel del General español y a poco se entera de la comisión del Gobierno, que desbarataba todos sus planes. Supo Martínez Campos por el Dr. Figueredo, la suerte que había tenido por la llegada de ellos, fueron juntos a visitar el mangal a 200 metros del campamento. El día 9 de mayo embarca Antonio Maceo para Jamaica acompañándole: Rius Rivera, Leite Vidal y el Dr. Félix Figueredo.

El final no se hizo esperar —todos conocemos como trató la inmigración a aquellos héroes—. En dos grandes reuniones pudieron recoger ¡cómo rubora el decirlo!... 5 chelines, y 7 hombres, que dijeron estaban dispuestos a engrosar la fuerza mambisa.

¡Pobre Maceo!... cómo sufriría el temple acerado de aquel celoso del deber... A los 72 años de estos acontecimientos siguiendo año por año esa década de heroísmos no podemos menos de maravillarnos del patriotismo y estoicismo de estos gladiadores. Seguir aquella guerra sin posibilidades de vencer y pensando en el porvenir para comenzarla otra vez, mejor preparados —era útil para la revolución dar un respiro— lo contrario, baldío sacrificio y crimen a sabiendas del fracaso.

En cuanto a Baraguá fué una página más en oro de altos kilates para la historia del heroísmo de un pueblo por la libertad!...

LA INVASIÓN.—Si Baraguá fue el epílogo del 68, Baraguá sería el prólogo del 95. En Baraguá dijo Maceo a Campos que la libertad de Cuba o nada, y cumple su palabra prologando la Invasión en los ya célebres Mangos. Preparado Maceo, los jefes y fuerzas que va a llevar

a Baraguá, se entera que su gran amigo Martínez Campos ha desembarcado en Manzanillo con mucha tropa y seguirá a Bayamo para establecer sus Cuartel General en evitación de que se organicen contingentes de mambises. Hay que aplastar a Maceo y Gómez. ¡Qué contento Maceo de volver a saludar al Pacificador en medio de un combate! Ni en Manzanillo, ni en Bayamo, conocen de fuertes contingentes cubanos y hacen lejos a Maceo. Parece olvidaron quién era el Titán y surge «Peralejo», batalla de grandes proporciones donde muere Santocildes el hombre de más brillo del ejército español después del Capitán General, el que tiene que huir desesperadamente para no caer prisionero. Le faltó a Maceo el número uno de los enemigos de «Martinete» —su hermano José—. «Si José está aquí —dijo Antonio— no se escapa Martínez Campos». Esta resonante victoria enardece nuestras juventudes que se lanzan al campo de la Revolución y entusiasman a la emigración para las expediciones... Ya tenemos a Maceo en Baraguá organizando la Invasión, de allí salió en el 78 y allí está en el 95 para el 22 de octubre, partir como una flecha en seguimiento del curso del sol hasta que la planta invasora arraigue en el Cabo de San Antonio donde se escuche su clarín de guerra, y enarbolar la bandera de la estrella solitaria en el último pueblo de occidente, lucubrando su mente una entrada triunfal en el pueblo de Mantua al toque del Himno Nacional!... Con una tropa de 1,403 hombres se dirige la Invasión al paso de la Trocha de Júcaro a Morón y unirse al contingente del Generalísimo Máximo Gómez y al Gobierno de la Revolución.

El 8 de noviembre se cruza el Jobabo. límite oriental. El 10 se une la caballería camagüeyana aumentando a 1,300 los jinetes invasores. El 29 pasaron la célebre Trocha, 1,536 mambises sin disparar un tiro. A las pocas horas se abrazaban Maceo y Gómez, los dos colosos de nuestras guerras. Están en el campamento de Lázaro López al día siguiente a las 6 a.m. está formada la tropa. Se adelanta el Generalísimo y pronuncia emocionante esta célebre Arenga: «SOLDADOS:... La guerra empieza ahora. La guerra dura y despiadada. Los pusilánimes tendrán que renunciar a ella: sólo los fuertes y los intrépidos podrán soportarla.

En esas filas que veo tan nutridas, la muerte abrirá grandes claros. No os esperan, recompensas sino sufrimientos y trabajos. El enemigo es fuerte y tenaz. El día que no haya combate, será un día perdido o mal empleado. El triunfo sólo podrá obtenerse con el derramamiento de mucha sangre.

«Soldados: no os espante la destrucción del país; no os espante la muerte en el campo de batalla. Espantaos sí, ante la idea horrible del porvenir de Cuba, si por nuestra debilidad España llegara a vencer en esta contienda. Los manes de tantas víctimas inmoladas por la tiranía os exhortan a que luchéis con decisión y vigor, para que la rapidez del triunfo no dé ocasión a levantar nuevos cadalsos. Poco se ha hecho hasta ahora; poco hemos andado; no estamos aún en Las Villas donde os esperan grandes peleas.

»Esta guerra no registra más que dos acontecimientos notables: la acción de «Peralejo» y la expedición de Roloff. España ha mandado para combatirnos al más entendido de sus generales. Y bien: con eso demuestra nuestra pujanza, porque empieza por donde terminó la otra vez. Yo le aseguro a Martínez Campos un fracaso cabal que ya empezó para él en la sabana de «Peralejo», pronóstico que habrá de cumplirse al llegar los invasores a las puertas de la Habana, con la bandera victoriosa, entre el humo rojizo del incendio y el estrépito de la fusilería.

«Soldados: llegaremos hasta los últimos confines de Occidente: ¡hasta donde haya tierra española! Allí se dará el Ayacucho cubano.»

Ya la invasión tiene su Himno guerrero, en el campamento «La Matilde» en Camagüey, se inspira Loynaz del Castillo y compone un himno a Maceo, que éste, modesto, trueca por el de invasión. La Invasión fue una sola batalla, la batalla de los 90 días...! se tomaron 22 pueblos, se hicieron 78 jornadas y se dieron 27 combates y batallas. Más de 200 mil soldados españoles comandados por 42 Generales se oponían al paso de los 4,000 mambises, en la proporción de 50 contra uno. El español con todas las armas de guerra, el cubano machete y tercerola, bien abastecida cuando contaba con 10 tiros. Esta es la acción guerrera más épica de la historia de América por su libertad. El soldado español famoso en Europa por su bravura era diezmado por el empuje de los nuestros, que carecían de todo. ¿Cómo vivía el mambí en la manigua cubana? Como campamento, la comba de nuestro cielo de techo y el duro suelo como cama, descalzos, jirones de tela como uniforme. Torrenciales aguaceros sobre las ateridas carnes, que a poco serían secadas por el sol de fuego, haciéndole sudar a mares, deshidratándoles para enflaquecer sus cuerpos desnutridos. El rancho del soldado... ah, el rancho; no tenían rancho, la comida se buscaba sobre la marcha, guayabas, mangos, pajaritos del monte, una jutía o el pedazo de carne curada cuando la había. Para sus fiebres y enfermedades, hojas y raíces cocidas. Sus llagas y heridas, hojas machacadas. Sólo un espíritu indomable —la

fé en darse una Patria— podía sostener la materia agotada. Todo era tolerado con valor espartano, pero la alegría se hacía general al anunciar una expedición, todo se olvidaba, había fiesta real, sabían que a poco llegaría el reparto de municiones, que era el contento del mambí, para buscar al español sin escatimar los tiros. Para conocer el temple de un invasor, se miraba el cabo del machete según el número de marcas en estrías, se contaban el número de enemigos inmolados a filo de «collin» - 5 ó 6 marcas lo corriente - algunos la triplicaban. No de otra forma 4,000 combatientes podían abrir brecha en 200 mil opositores sin tener municiones para las armas de fuego. Cuando un recluta nutría las filas y carecía de armas, se le decía: en el próximo combate se las quitas a un español, y así era. Como ejemplo, en el ataque a Batabanó, pregunta Maceo a un jefe, cómo su fuerza no hace fuego - «general no tenemos municiones» - Riposta airado Maceo señalando a Batabanó: «ahí dentro las hay!... efectivamente atacó una y otra vez, tomó Batabanó. Otro épico relato del Dr. Matías Duque, de lo que fueron Maceo y sus hombres, relatando el ataque a Bolondrón, donde el joven jefe, Clotilde García, se dirige a Maceo, diciéndole: Mayor, las municiones se han agotado y el enemigo ataca mi retaguardia ¿qué hago?... Maceo le responde: —¡Ah, cobardes! desde ayer los hombres de mi vanguardia no tienen municiones y sin embargo los españoles retroceden ante el filo del machete de mis valientes orientales. Quieres que ellos sean los que vayan a libertar a los españoles a tu regimiento de matanceros?»... Ambos jefes se separan, Clotilde García a su puesto de retaguardia, y dice airado a sus hombres: «El Mayor pregunta si somos cobardes! que si es necesario que mande a los orientales de vanguardia pasar a retaguardia para hacer retroceder al enemigo... y eso no puede ser... muchachos! más valientes que nosotros no hay nadie en el mundo... A la Carga...! y una, dos, tres veces acometió sobre el enemigo hasta que este se refugió en Bolondrón. Así fueron estos soldados de la libertad, se les pedía lo imposible y triunfaban contra lo imposible, así arrollaban hoy y mañana y todos los días al ejército más bravo del mundo, rompiendo sus famosos cuadros con la celeridad del rayo.

Mambí —machete y caballo— fué la triada base de la independencia. Esa fue la unidad de la Invasión: son tres monumentos que debe Cuba a su historia. Tampoco se ha escrito una obra didáctica —acuciosa— que trata del origen de este paladín de nuestras guerras: el «Caballo Mambí». Ese Caballo tan criollo como el cubano. Sin embargo, yo sé de un meritísimo y culto escritor, que aquí nos escucha, nuestro amigo

Agustín Guerra y de la Piedra, no le falta mas que editar su obra titulada: «EL CABALLO MAMBÍ», por tanto, la obra está escrita —es decir— el monumento a una de las grandes columnas de nuestras luchas independentistas: Cuba espera por tí, Agustín...

El Monumento que yo sugiero para que perdure ese pináculo de gloria que fue «La Invasión», es distinto a todos los monumentos como fuera distinto a todos los hechos de armas, esa batalla de 90 días. Yo concibo una ancha franja, a manera de camino o carretera de color rojo que partiendo del Parque de Baraguá, venga marcando la Ruta de la Invasión con un obelisco en cada combate y en cada pueblo rendido al coraje de nuestros héroes, y en Mantua —a la Gloria de Mantua el monumento ecuestre del Titán de Bronce— rodeado del pueblo enloquecido de amor abrazados a los heroicos guerreros ebrios de glorias tras el Gladiador de la Patria. Esa Ruta de la Invasión debe estar sombreada por toda la flora cubana. Comenzar en Baraguá por nuestras ciclópeas ceibas, las de torneados brazos extendidos, que invitan a su sombra las airosas y altaneras palmas criollas y la palma real, pizpiretas y rientes como la mujer cubana. El palmito de la palma cuántas veces fue el manjar del famélico guerrero...! las erguidas y corpulentas barias, que lucen en floración un niveo manto de desposada. La alta palma cana oriental, de anchurosos abanicos. Las verdes caobas de tan rica madera, los cimbreados cedros de tan útil maderamen. El buscado guayacán de menuda florecilla morada como flor de jardín, de madera aceitosa, más dura que el hierro, y que no desgasta la fricción. Los corpulentos jagüeyes que seca al árbol que le presta ayuda. El frondoso Manzanillo —que dicen hasta su sombra daña—. El fuerte jiquí de menuda hoja. Los júcaros inmensos y en fin, toda esa flora patria que cobijara al mambí y diera de sus hojas, frutos, raíces, alimento y medicina, mullido lecho para reposar el cuerpo fatigado o enfermo. No podemos olvidar, al árbol, no por modesto y contrahecho, menos útil que el primero. Gómez y Maceo - el Generalísimo y su Lugarteniente - lo usaron con frecuencia. Me refiero a la modesta guásima —la del tronco retorcido y feo de brazos ondulantes y deformes, siempre al alcance de la mano y que dice presente cuando se mira al monte o al camino —es en verdad la más plebeya de la flora. Irá más, fué: la horca mambisa! la más *ad hoc* para lanzar la sogá a la rama y ahorar sin trabajo al traidor o delincuente. Sobre la marcha se condenaba al reo y a poco pataleaba bajo la guásima. Sus frondas y sus frutos son manjar exquisito para las bestias — por eso fue tan estimada. De esta manera quedó escrito en suelo patrio, para

la posteridad, el heroísmo de un pueblo en conquista de su independencia. Los líderes de la Invasión se separan en La Habana después de un recorrido triunfal: el día 7 de enero, Gómez con 2,300 hombres hacia Matanzas y Las Villas, Maceo con caballería de 1,600 jinetes tocar en las puertas de La Habana, romper la Trocha, zigzaguear en Pinar del Río y epilogar la Invasión enarbolando la Bandera cubana en el Ayuntamiento de Mantua. Así se rubrica la descomunal batalla para gloria de Cuba.

Mis últimas frases para decir de Maceo, si fue en el combate el más épico de los guerreros y el más fiero paladín, fuera de la acción, en la quietud del campamento o en su vida de relación social era el más bueno, noble y sencillo de los cubanos, el amigo fiel y cariñoso, que por su natural modestia no admitía loas a su grandeza. Era astemio a todos los vicios, con las damas fino, respetuoso y galante. Parco de palabras, de hablar tardo y tono suave, disciplinado en la guerra y en la paz. Sus grandes amores: el filial a Mariana, la Madre que adora y a su María, la esposa cariñosa y buena. Su respiro en la brega de combatir a diario a ellas son dedicados en amorosas cartas de ternura. Su obsesión es José; teme por él, sabe de sus temeridades, que es irreflexivo ante el peligro, que le busca con denuedo, para él todo es posible. Siempre está alerta a las noticias de Oriente para saber del valiente hermano. Y para fin, que luche Cuba por un Monumento a la INVASIÓN PARA la posteridad de su GLORIA.